

Centenario del Quijote

En el presente año se cumplen tres siglos de la publicación de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, por Miguel Cervantes Saavedra; y el mundo español en uno y otro continente lo conmemora y festeja. Unimos á este concierto de alabanzas nuestra voz humilde. En los triunfos de los héroes vencedores, los párvulos acrecientan la muchedumbre y responden á los vivas y aclamaciones del pueblo entusiasmado.

No hay libro, después de la Biblia, que haya sido más estudiado y comentado que el QUIJOTE, y así es casi imposible decir sobre él cosa alguna que no esté repetida hasta la saciedad. Unos lo consideran como una sátira contra los libros de caballerías; otros, como novela de costumbres; quiénes, como símbolo de la perpetua lucha entre lo ideal y lo real, ó entre el espíritu y la carne. D. Miguel Antonio Caro, en magistral estudio, se esforzó en mostrarlo como el poema épico de la gente española.

Pasando del libro en general á sus pormenores, todos conocemos los trabajos en que se ha mirado á Cervantes, en su obra inmortal, como médico, como jurista, como teólogo y aun como precursor de la nueva y en parte problemática ciencia de la Economía política.

El QUIJOTE es todo eso: novela, sátira, símbolo, poema; pero es más que todo eso; es producto del genio, que no concibe su obra lentamente sino de un golpe, por maravillosa intuición. *El Ingenioso Hidalgo* nació del entendimiento de Cervantes, como Minerva del cerebro de Júpiter, adulta y armada de pies á cabeza.

Los trabajos del talento se agrupan en especies: las que aprendemos en los libros modernos de lo que impropiamente llaman Retórica; las obras del genio, á semejanza de los ángeles, forman cada una especie aparte.

Mas, á lo menos, se identifican en género. Se dice la *Ilíada* y la *Divina Comedia*; *Edipo* y *Hamlet*. El *Quijote* no pertenece á ningún género; no tuvo precursor, no ha producido imitadores.

Esas obras portentosas suelen aparecer en épocas de transición para marcarla; en tiempos de apogeo de una civilización para coronarlo. Cervantes escribió su libro en el momento en que la cultura de la Edad Media quedó definitivamente vencida por esta moderna, hija del Renacimiento. Por eso es regocijado como la aurora, melancólico como el crepúsculo vespertino, risueño como todo lo que empieza, triste como todo lo que muere.

Dícese que pretendió Cervantes, junto con los libros caballerescos, acabar con la caballería misma, y que lo consiguió. ¡Quién sabe! Cuando él vino al mundo, la caballería se había ido ya, para no volver nunca. Quedaba uno que otro campeón rezagado del grueso del ejército. El soldado de Lepanto vio con hondo pesar la desaparición de lo que más amaba, y lo lloró en una elegía inmortal. Por eso el *Quijote* es tan hondamente triste. Que es festivo, que hace reír. Ciertamente, pero así es la vida humana: risas y llantos, lo sublime unido á lo trivial. Por eso Esquilo, Shakespeare, Cervantes, son genios, que no sostienen las situaciones ni los caracteres, como lo hacen los hombres de talento. Todo carácter se sostiene en la realidad, y así debe hacerse en el arte; pero el carácter es combinación de contrarios elementos. Los artistas que crean un personaje homogéneo son soñadores, alejadísimos de la verdad humana.

Cervantes llora, riendo, la muerte del ideal caballeresco. Así el anciano narra, sonreído, y para alegrar á sus nietos, los chascos, los percances de su mocedad, y de repente se le anuda la voz y se le escapa una lágrima. ¿Cómo había de pretender acabar con la caballería el que fue siempre caballero, soldado de la última gran batalla de la Cruz contra la Media Luna, pobre toda su vida, encarcelado por deudas, muerto en la inopia? Cervantes fue un

Quijote cuerdo. Pintó á su héroe ridículo, porque el bien perdido sin remedio hace sonreír melancólicamente á las almas dulces y resignadas, y desesperarse á las pequeñas, y violentas. Pero lo hizo amable, y en dos ó tres ocasiones sublime.

En cambio Sancho, el hombre práctico, el epicúreo del pueblo parece rústico y sandío. No es antipático, porque es candoroso en medio de sus malicias, fiel al amo á pesar de su amor á la vida regalona, buen cristiano á pesar de sus defectos. Adivinó Cervantes que, al extinguirse todo lo pasado, la doctrina católica quedaría viva, para templar la molición de la edad moderna como había suavizado las asperezas de la edad antigua.

Si en el *Quijote* aparecen atinadas observaciones filosóficas, sentencias políticas, morales y económicas, admirables máximas religiosas y aun místicas que no desdichan de las obras de Granada ó Rodríguez, de ello no deducimos que Cervantes fuese filósofo, ni estadista, ni teólogo, ni sabio. Ni el modo marayilloso como describe el proceso de la locura en Alonso Quijano nos autoriza á ponerlo en el número de los médicos. Tuvo entendimiento altísimo, vivió en época de grande cultura, viajó y leyó mucho, meditó más; padeció y luchó toda su vida, y conservó el corazón sano y juvenil y fresco el espíritu. No creemos que él se propusiera enseñar todo aquello en su libro; eso estaba en su ideal, cuando él lo concibió. Cuando Colón descubrió el Nuevo Mundo, ¿qué supo de las tierras, los lagos y los ríos y los montes; qué de las riquezas que encerraba? ¡Si murió ignorando que había encontrado un continente!

El estilo sin rival de Cervantes, su mágico lenguaje, son el reflejo de su ingenio. Nadie ha pensado como él, por eso nadie á su semejanza ha logrado escribir. A otros escritores se los admira: á Cervantes lo queremos todos. Los mejores peronajes de novela, son tipos ideales; ¿qué trabajo cuesta convencerse de que D. Quijote no ha existido!